

Fundamentalidad de Cristo Rey en el Nacionalcatolicismo

por Ángel Gutiérrez Sanz



El 11 de diciembre se cumplirá un siglo de la publicación de la encíclica "Quas Primas" de Pio XI, en la que quedaba instituida la festividad de Cristo Rey. Esto sucedía en un delicado momento de la historia, en el que el mundo acababa de salir de una guerra mundial devastadora y se preparaba para otra. Personas, familias, instituciones, sociedad, habían iniciado un proceso de deschristianización y el papel preponderante de la Iglesia decrecía ante el empuje de un secularismo en auge. Tiempos turbulentos, en que los totalitarismos de uno y otro signo amenazaban con invadirlo todo.

Ante semejante escenario, Pio XI se ve en la obligación de afrontar los desafíos de su tiempo y lo hace con el convencimiento de que, las calamidades que asolan al mundo, tienen su origen en el hecho de que gran parte de la población, tanto en su vida privada como pública, han dejado de reconocer la soberanía de Cristo. Liberalismos y socialismos, por lo que tienen de laicismo, eran vistos como ideologías contrarias a la "*res publica christiana*". Si esto era así y de ello no tenía la menor duda Pio XI, el remedio había que buscarle en volver a colocar a Jesucristo como centro de la historia, de los pueblos y naciones, de los gobiernos y de las instituciones y este sería el "leiv motif" de la encíclica "Quas Primas", muy en consonancia con el lema de su pontificado "*Pax Christi in Regno Christi*". El mensaje claro y explícito de esta encíclica, expresado de forma dramática, es que, frente al liberalismo y al socialismo, ha de triunfar el "*Reinado del Rey de reyes*". Con este fin se instituyó la festividad de Cristo Rey, llamada a ser, recordatorio permanente de que Jesucristo es fuente de paz y fin último, no solamente de los católicos y bautizados, sino que se extiende a todos los habitantes de la tierra, a todos los pueblos y naciones y esto tanto en el orden espiritual como temporal. "La peste del laicismo", que gobierna a los estados como si Dios no existiera, que ha traído la ruina a la sociedad y la apostasía a las masas, encuentra en la proclamación solemne de esta festividad el antídoto que se necesitaba para restaurar el orden y poder, e hiciera posible un Reinado de justicia y de verdad, de paz y amor, en el ámbito social internacional, al tiempo que se declaraba como no católica la postura que afirma que el estado y la sociedad temporal no están sujetos a Dios y a la ley divino natural.

Pio XI abandonaría este mundo, sin ver cumplido su sueño de la recristianización de Europa, pero sí con la esperanzadora satisfacción de haber sido testigo de cómo, en una

nación de arraigada tradición católica, se había escrito una de las gestas más gloriosas de toda historia universal de la Iglesia. La España de su tiempo, tomando como bandera de enganche a Cristo Rey, no solo opuso legítima resistencia armada, al marxismo materialista y ateo que pretendía erradicar el cristianismo de la faz de la tierra, sino que, el sagrado suelo español se empapó de sangre de sus valerosos mártires, en número estimado de 10.000, por defender el Reino de Cristo. Cuando sus verdugos les conminaban a gritar “Muera Cristo” o “Viva Rusia,” ellos lo que hacían, era levantar la voz para decir: “¡VIVA CRISTO REY!”. ¿Por qué eligieron esta forma de testimoniar su fe? Yo quiero creer que, ello fue debido a que los ecos recientes de la proclamación de la soberanía de Cristo, por parte de Pío XI, había llenado de gozo su corazón.

Es históricamente demostrable que, después de amargas experiencias, Pío XI se mostró receloso con el fascismo. Este sería el motivo por el cual se mantuvo neutral en los comienzos de la guerra civil española, pero por muy poco tiempo, porque en diciembre de 1936 toma partido a favor del bando nacional franquista y ello fue debido, por supuesto, a los buenos oficios de la jerarquía española, encabezada por el cardenal Isidro Gomá, primado de Toledo, pero también porque la información que le llegaba de lo que estaba ocurriendo en España, tanto en el frente como en la retaguardia, no ofrecía ninguna duda sobre la actitud y sentimiento religioso de uno y otro bando. Tanto es así que, con el paso del tiempo, esta contienda sería bautizada por la Iglesia Española como “Guerra Santa”, “Cruzada”, o cosas así, dando a entender que de lo que se trataba era de poner a salvo el cristianismo de los ataques del ateísmo.

Acabada la contienda con la victoria del bando nacional, capitaneada por el Generalísimo, era el momento de saber qué grado de compromiso iba a tener la España de Franco con la religión católica y cómo se habrían de articular las relaciones Iglesia y Estado. Naturalmente, analizar esto requeriría de muchas páginas, por lo que nos vemos obligados a resumir.

A Pío XI le hubiera gustado saber, antes de morir, que durante 45 años España iba a encarnar ese modelo de estado, confesionalmente católico, sometido al dulce yugo del Reinado de Cristo, que pasaría a la historia como el “NAIONALCATOLICISMO”, identificado plenamente con la Iglesia, hasta el punto de que, la catolicidad llegó a ser el rasgo más característico de la identidad nacional, mientras en Europa se vivían tiempos de apostasía generalizada. El vínculo entre Iglesia y Estado no podía ser más íntimo, basta con recordar el artículo segundo de los Principios Generales del Movimiento que rezaba así: “*La Nación española, consciente de su identidad histórica, como solar de catolicidad, considera como norma de su acción el acatamiento de la ley de Dios, según la doctrina de la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana, única y verdadera fe de la Nación y elemento inseparable de la vida nacional*”

Semejante articulación, había de interpretarse en el sentido, no solo de que la fe católica era santo y seña de la identidad nacional española, sino como una declaración solemne de la soberanía de Cristo Rey en todo el Estado Español, que habría de plasmarse en la práctica cotidiana de la actuación política. La colaboración institucionalizada entre el poder civil y religioso, no pudo ser más estrecha. Ambos remaban en la misma dirección y ello supuso el renacer de una radiante primavera. Los principios doctrinales, tal como lo había soñado Pío XI, estaban presentes en las costumbres y en la moral, tanto pública como privada. En cuanto a lo espiritual, no había época del año que no estuviera jalonada por una festividad religiosa. El **Nacionalcatolicismo** se oponía a todas las ideologías “Sin

Dios". La educación en las escuelas, colegios y universidades, estaba marcada por una clara orientación de inspiración cristiana y los valores que se promovían llevaban el sello inconfundible del evangelio. Los seminarios se llenaron de vocaciones y en la vida pública se sintió el impulso revitalizador de la Acción Católica, tan del agrado de Pío XI. No podemos olvidar que él fue el "papa de la Acción Católica", siendo una de sus principales aspiraciones, cristianizar a través de ella a todos los sectores de la sociedad y que en la España del Nacionalcatolicismo llegaría a ser un componente fundamental, pero lo sería aún más el culto y la veneración a la realeza de Cristo. La frase "Viva Cristo Rey" se convirtió en el lema que mejor expresaba la íntima comunión entre patria y fe. Este amor indisoluble se extendió por todos los rincones de la geografía española. El pueblo llano con voz potente no se cansaba de repetir al unísono "*Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*", con el convencimiento de que, cualquiera que invoque el nombre del Señor será salvado. Algo parecido sucedía con el Sagrado Corazón de Jesús que tenía su centro de irradiación en el mismo corazón de España y al que se le saludaba con similares advocaciones, que nos retrotraen a tiempos pasados. "*Corazón Santo, tú reinarás, / tú nuestro encanto siempre serás*" Expresiones eran estas, que salían del corazón de los fieles y con ellas se intentaba obtener la protección divina del estado. Un acontecimiento sobrecogedor como fue el fusilamiento del Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles y su posterior destrucción, llevada a cabo por el bando republicano, daría motivo para que la devoción de los fieles se incrementara aún más y una vez reconstruido el monumento, fuera considerado como un símbolo de la nación española, volviendo a ser el lugar emblemático de peregrinación que siempre había sido desde la consagración de España por Alfonso XIII al Sagrado Corazón de Jesús.

El **Nacionalcatolicismo** será recordado como una etapa de la Iglesia Española fuertemente vinculada a la soberanía de Cristo Rey del Universo, en quien que se intentó fundamentar la razón de estado, tal como lo había soñado Pío XI en su encíclica "Quas primas". El final de este memorable acontecimiento histórico llegaría con la aparición de la constitución atea de 1978, en la que ni siquiera se menciona a Dios. De la noche a la mañana, España dejó de ser católica, cambiando un catolicismo acendrado por un grosero laicismo, donde se destruyen cruces, se profanan lugares sagrados y se gobierna como si Dios no existiera. Sin solución de continuidad se ha pasado del Nacionalcatolicismo al Nacionalsecularismo ¿Cómo no entender que haya muchos católicos que no se conformen con lo que está pasando?